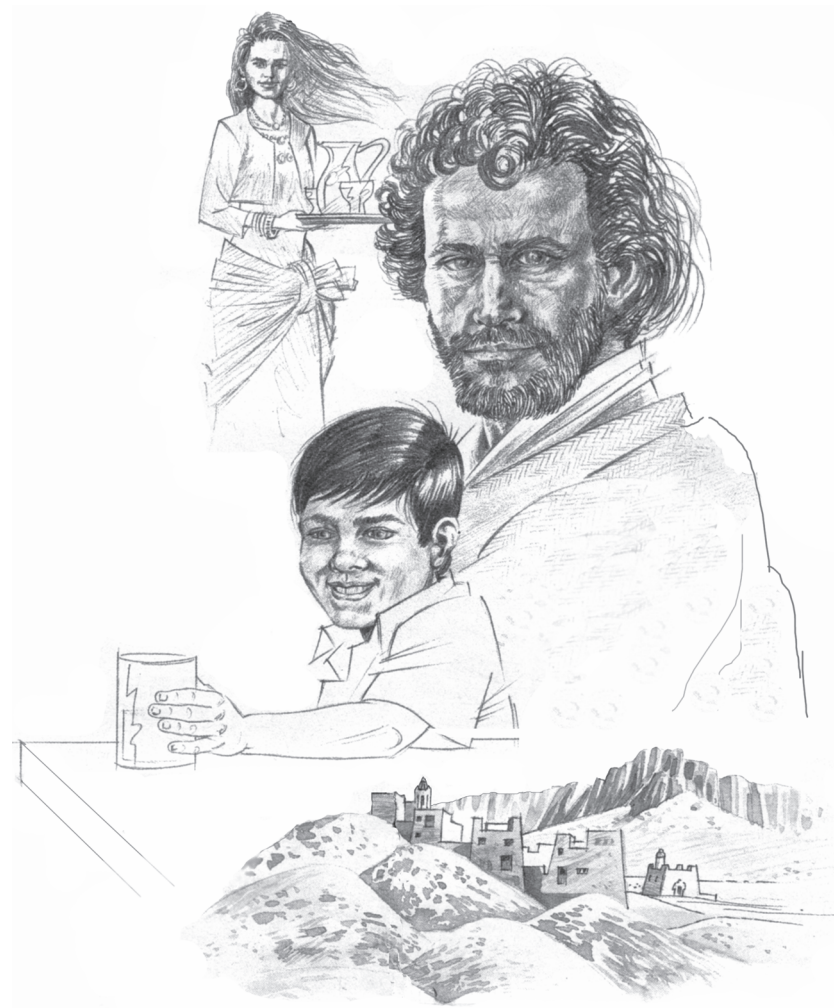




EL RECUERDO DE OTRA VIDA



Una asombrosa historia real

un conejillo de indias con el que pudieran experimentar los que creían en reencarnaciones. Así fue durante algún tiempo, hasta que una mañana, mientras Imad paseaba con su abuela, de pronto señaló a un hombre con el que acababan de cruzarse. “Aquel señor... Yo le conozco, sé quién es”. El hombre sonrió condescendiente: “¿Me conoces?”. “Sí, eres mi vecino”. “Pero si yo no vivo aquí, soy de Khirby”. La abuela cogió al nieto en brazos y disculpándose torpemente se alejó de allí lo más rápido que pudo.

Unos meses más tarde, ya entrada la segunda quincena de marzo de 1964, llegó al Líbano el célebre doctor Ian Stevenson, de la Universidad de Virginia, Estados Unidos. La maestra del pueblo se puso en contacto con él y le informó del caso de Imad. El doctor Stevenson visitó a los padres del niño y éstos le contaron sus propias versiones de los hechos.

Enormemente interesado en el tema, el investigador convenció al señor Elaward para que le permitiese visitar con el niño la aldea, y el 28 de marzo partió para Khirby llevando consigo al pequeño Imad.

El niño reconoció el camino, el lugar donde Jamile había nacido e incluso advirtió de una peligrosa curva en la montaña. Al llegar a la aldea Imad la encontró muy cambiada, pero la familia Bouchamzy existía y a ella consultaron. Efectivamente conocían a un tal Mahmoud, pero estaba vivo. También hubo un hombre en la familia llamado Said. Había muerto en un accidente de carretera tras perder sus dos piernas, pero los datos podían ser meras coincidencias. El niño dijo de pronto: “Yo sufría de los pulmones”. El hijo del fallecido en el accidente exclamó: “Ibrahim, un primo de mi padre, murió hace 25 años de tuberculosis. Su amante se llamaba Jamile y su hermana Huda. Esta última aún vive”. Sin perder un instante se dirigieron a casa de Huda y, antes de que les diese tiempo a reaccionar, Imad corrió hacia ella, ya una anciana, y se abrazó a sus rodillas: “Hermana mía –dijo–, aún llevas puestos los pendientes que te regalé para tu boda”. La mujer cogió en brazos al pequeño y meciéndolo con ternura, exclamó: “Hermano mío, ¡eres tú! Te reconozco. ¡Has vuelto a vivir!”.

*Investigación realizada por la periodista
LUZ TAMBASCIO.*

EL RECUERDO DE OTRA VIDA

Era el mes de agosto del año 1963 y aquel día estaba verdaderamente bochornoso. La señora Elaward trajinaba en la cocina preparando la comida para su hijo, de 11 años, y su marido. “Evidentemente –se dijo la joven mujer–, va a haber tormenta, no es normal este calor”. Suavemente comenzó a cantar una vieja canción libanesa, mientras lavaba una por una las grandes hojas de repollo verde oscuro. Después rellenaría estas hojas con una fina mezcla de carne, trigo, uvas pasas y hierbas aromáticas. “No sé por qué se me habrá ocurrido preparar esta comida precisamente hoy, con el calor que hace”, se dijo a sí misma y, retomando la canción, continuó con la tarea.

En ese momento, la puerta de la cocina se abrió y el pequeño Imad asomó su cabeza apoyándola contra el mosquitero de la segunda puerta. Su madre le abrió: “Vamos, pasa. Te he preparado una limonada y está muy fresquita, como a ti te gusta”. El niño, moreno, de ojos enormes entre verde y dorado, empujó la puerta con malla para proteger de los insectos y entró en la cocina.

“Te oí cantar, mamá –dijo Imad–. Pero estaba pensando, ¿sabes?, recordaba...”. “Sírrete la limonada –respondió la madre, haciendo caso omiso de sus palabras; y no le pongas más azúcar que ya tiene bastante”. El niño insistió: “Sí, mamá, recordaba”. “Ya estás otra vez con esas tonterías”. A la señora Elaward le fastidiaban bastante las fantasías de su hijo, pero no por eso dejaban de preocuparle. Se armó de paciencia y le preguntó: “Vamos a ver, ¿dónde has oído tú todo eso? Dímelo, por favor, Imad”. El niño dejó el vaso sobre la mesa y miró a su madre fijamente a los ojos: “Yo viví antes, mamá, y lo recuerdo muy bien”. La señora Elaward pasó su mano por la cabeza del niño. “Dios mío –pensó–. ¿Quién te lo ha contado?. “Nadie, mamá. Lo recuerdo. Ya sé que tú no me crees, pero es verdad, lo recuerdo todo”. La señora Elaward cogió al niño en brazos y sentándolo encima de la mesa apo-

yó sus callosas manos sobre las rodillas del pequeño: “A ver, ¿qué es lo que recuerdas?. “Ya te lo dije y a papá también. Recuerdo mi otra vida. Mi mujer se llamaba Jamile y me preparaba la limonada como tú, pero con muchísimo azúcar. Y sabía riquísima”. La madre estaba desorientada, pero aún así siguió insistiendo: “¿Dónde oíste esa historia de que una persona puede tener varias vidas?”.

El niño bajó de la mesa y dirigiéndose hacia el lugar donde su madre había colocado el almirez, comenzó a triturar las especias para sazonar la carne de la comida: “Yo mismo me lo dije”.

La madre no salía de su asombro. Desde luego no era la primera vez que le sucedía algo así con Imad, pero cada vez le intrigaba más la insistencia del chiquillo. Se dirigió hacia la ventana y, pretendiendo aparentar naturalidad, preguntó: “¿Y cómo se te ocurrió eso? ¿Lo sonaste?”. El niño respondió en tono firme y seguro. “No, lo sé aquí –y señaló su cabeza–. Y aquí también –añadió, señalando su corazón–. Bueno, la verdad es que lo sé... ¡Lo recuerdo!”.

En el cielo se vio un relámpago: “Mira, mamá –dijo Imad, señalando la ventana abierta–, un relámpago. Ahora avendrá un trueno”. La madre miró por la ventana y vio que la tormenta estaba ya encima de ellos. “Sí, hijo, va a llover muy fuerte. Anda ayúdame a rellenar las hojas de repollo, mientras, sigue contándome esa historia.

Imad asintió con la cabeza y comenzó a estirar las verdes hojas que su madre iba a rellenar y enrollar. “¿Para qué quieres que te lo cuente, si ni papá ni tú me creéis? Además, papá se enfada si hablo de ello”. La madre le acarició la cabeza. “¿Has hablado con alguien más de esto, Imad?”. “No, mamá, con nadie”. “En esa vida tuya. ¿Estaba yo?”. “No, mamá; ni tú ni papá”, respondió Imad sonriendo.

A la señora Elaward empezaba a dolerle la cabeza, pero siguió preguntando: “Y, ¿dónde vivías entonces?, ¿cómo te llamabas?, ¿te acuerdas de eso?”. “Claro –respondió el niño–. Desde que era mucho más pequeño me acuerdo de todo. Pero, ¿sabes?, hay determinadas cosas que me ayudan a recordar más. Por ejemplo, esto que hacemos ahora. Jamile lo preparaba con hojas de parra y no de repollo, como tú.

Pero sus rollitos no eran tan buenos como los tuyos”. “Gracias, hombre”, acertó a decir la madre. El niño continuó hablando: “Jamile era alta y muy guapa. Le gustaba mucho el color rojo y por eso yo le regalé unos zapatos de ese color. ¿A ti te gusta el rojo, mamá?”. “Sí, sí, mucho”, tartamudeó la madre. El

niño siguió hablando de su vida y a cada frase la madre se angustiaba aún más. “Yo pertenecía a una familia que se llamaba Bouchamzy, vivía al Sureste de Beirut y tenía una hermana que se llamaba Huda. ¿Sabes?, siempre me viene a la memoria un hombre que tuvo un accidente y se quebró las piernas. Sufrió mucho y luego murió, pero ése no sé quién era. También me viene a la memoria un nombre, Mahmoud, que tampoco sé quién es.” La tormenta se desató con más fuerza de golpe y el niño corrió hacia la ventana para cerrarla. La señora Elaward puso pasadores a la doble puerta de la cocina y dijo: “Ven, hijo, vamos a cerrar muy bien toda la casa para que no se nos llene de agua”.

Durante el tiempo que duró la tormenta no volvieron a hablar del tema. Más tarde, ya durante la noche, cuando los padres de Imad se acostaron y pudieron comentar las palabras de su hijo, la señora Elaward se echó a llorar asustada. “No le reconozco –dijo. Cuando me cuenta esas cosas siento que no es hijo mío. No sé qué pasa, pero me da miedo”.

Ante la angustia de su mujer, el señor Elaward decidió consultar con la maestra del pueblo.

El día que visitaron a la maestra, la señora Juri en persona salió a abrirles la puerta. La tarde se presentaba magnífica. La señora Juri era una mujer madura, de cabellos plateados y facciones armoniosas. Tras las presentaciones de rigor, la maestra se dispuso a escuchar atentamente la alucinante historia de Imad. “Es muy posible que alguien hablara al niño de la reencarnación. Ya saben que es una creencia muy común entre las gentes de nuestro pueblo y es fácil que Imad haya oído una leyenda, o algo así”. “Puede ser –dijo el señor Elaward–, pero desde luego nosotros no hemos sido, porque la reencarnación es contraria a nuestras convicciones”. “Bien –dijo la señora Juri–. Creo que lo mejor que podemos hacer es consultarlo con un experto, pero antes debemos saber si existe realmente ese pueblo del que habla. Ninguno de nosotros lo ha oído nombrar. En fin, veré qué puedo hacer”.

Pocos días después la señora Juri se presentó en la casa de la familia Elaward. Traía noticias sorprendentes. Existía la aldea que el pequeño nombraba. Khirby era su nombre, y se encontraba al Sureste de Beirut, en plena montaña, tal y como el niño había indicado. “Debemos consultar el caso con algún investigador –añadió la señora Juri–. Un estudio detallado del pequeño y llevarlo a la aldea, será la mejor forma de comprobar si existe o no fraude en lo que dice”.

El señor Elaward se resistió. Él no estaba dispuesto a convertir a su hijo en